

— ¡Macte! ¡Habet! — exclamaron algunos.

Vatinio puso punto en boca; mas otros continuaron chancéandose del filósofo.

— No es culpa suya si en vez de corazón tiene en el pecho un queso — gritó Tulio Seneción.

— Como tampoco es tuya la culpa — respondió el griego — de que lleyes en lugar de cabeza una vejiga sobre de los hombros.

— ¿No te gustaría ser gladiador? ¡Qué hermoso estarías en la arena... con una red, por ejemplo!

— Que podría servirme para cogerte a ti... ¡fétida abubilla!

— ¿Qué harás cuando salgan los cristianos? — le preguntó de improviso Festo de Liguria. — ¿Te agradaría ser perro, para devorarlos?

— No; porque en este caso fuera hermano tuyo.

— ¡Anda allá, lepra de Meótides!

— ¡Calla, mulo de Liguria!

— Demasiado se vé, amigo, que te pican las espaldas; pero no te aconsejaría que te las hicieras rascar por mí.

— Ráscate las tuyas, que bien lo necesitas. Pero ten por cierto que si te haces saltar las pústulas sarnosas, te habrás desprendido de lo mejor que tienes en tu cuerpo.

Y así andaban enzarzados los augustales y Quilón; aquellos zahiriéndole y acompañando sus sangrientas pullas con risotadas; contestándoles éste con frases no menos sangrientas. Como al César le divertía extraordinariamente este pugilato, excitaba á los augustales á continuarlo, y de cuando en cuando gritaba ¡macte!, y reíase á mandíbula batiente...

Petronio se acercó á Quilón, y tocándole friamente en el hombro con su bastoncito de marfil, le dijo:

— Por ahora, todo marcha, filósofo; pero en tus cuentas has olvidado una cosa. Los dioses te hicieron bellaco, y tú has querido representar el papel de demonio. ¡No te saldrás con la tuya!...

El griego clavó sus ojos vulpinos en el semblante del *Arbitro* sin acertar de pronto con la respuesta adecuada. Estuvo un momento así, callado, y al cabo haciendo un esfuerzo exclamó:

— ¡Veremos!

Las trompetas, con su estridente sonido, anunciaron el fin del intermedio, y los espectadores, abandonando los *ambulacri*, (1) adonde habían salido para pasear y charlar, espar-

(1) Galerías cubiertas ó pasillos.

ciéronse de nuevo por las gradas, no sin promover disputas sobre el mayor ó menor derecho que cada uno tenía al asiento que antes ocupaba. Los senadores y los patricios colocáronse también en sus puestos. Poco á poco el rumor de la muchedumbre se fué apagando y el anfiteatro quedó casi en silencio. Bajaron á la liza algunos esclavos que deshicieron con rastrillos los terroncitos formados en la arena por la sangre coagulada.

Había llegado el turno á los cristianos. Roma iba á presenciar un espectáculo completamente nuevo, y como nadie sabía qué actitud adoptarían las víctimas en la arena, la espectación y la curiosidad eran muy grandes. Sin embargo, en casi todos los semblantes leíase el sentimiento de la aversión, pues en el pueblo romano era ya universal la creencia de que los cristianos eran los verdaderos incendiarios, los autores de la destrucción de Roma con sus monumentos y tesoros seculares. Además, nadie ponía en duda que bebiesen sangre de niño, que envenenasen el agua de los pozos, que fuesen enemigos del género humano, que perpetraran los más horrendos delitos. Era tan intenso el odio que la plebe sentía por ellos que los suplicios más atroces le parecían insuficientes para castigarles. Un sólo temor abrigaba: el de que las torturas no correspondiesen á la supuesta perversidad de los malhechores.

El sol, que estaba ya muy alto, filtrando sus rayos á través del rojo *velario*, difundía por el anfiteatro una luz sanguínea. La arena parecía de fuego, y en aquella luz purpúrea, en el rostro de los espectadores, en la liza, á la sazón desierta, pero que á los pocos minutos había de llenarse de humanos sufrimientos y de rabia feroz, había algo de siniestro. Hubiérase dicho que el aire estaba impregnado de efluvios de terror y de muerte. La plebe, generalmente tan alegre y rumorosa, permanecía ahora callada bajo la influencia del odio; la expresión de los rostros era cruel y dura.

En cuanto el Prefecto de la Ciudad hubo hecho la señal correspondiente, presentóse de nuevo el hombre disfrazado de Caronte que antes había llamado á los gladiadores, y, atravesando la arena en medio de sepulcral silencio, dió con el martillo otros tres golpes en la puerta.

Mientras en todo el circo resonaban gritos ensordecedores de: «¡Los cristianos! ¡Los cristianos!», descorriéronse, chillando, los cerrojos; los *mastigóforos* gritaron según su costumbre «¡A la arena! ¡A la arena!», y ésta se llenó como de

un rebaño de *silvanos*, pues no otra cosa parecían, cubiertos con pieles de animales, los hombres, mujeres y niños condenados. Todos salían corriendo, con paso febril, y al llegar al centro de la liza caían de rodillas, unos al lado de los otros, levantados los brazos al cielo. Suponiendo el pueblo que pedían cobardemente clemencia, enojóse de tal manera que empezó á patear, á silbar y á arrojar á las infelices víctimas jarros, vasos y huesos descarnados, rugiendo con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Las fieras!... ¡Las fieras!... ¡Pronto! ¡Que les suelten las fieras!...

Pero en aquel momento ocurrió una cosa inesperada, asombrosa, increíble. Levantóse del grupo un coro de voces, y por primera vez resonó en el Circo la plegaria cristiana:

«¡*Christus regnat!*...»

El pueblo quedóse suspenso y maravillado. Los cristianos, clavados los ojos en el cielo, pálidos, pero con los semblantes inspirados, cantaban tranquilamente. Los espectadores comprendieron entonces que no pedían perdón ni clemencia aquellos sentenciados á muerte y que ni siquiera veían el circo, ni al pueblo, ni al Senado, ni al César... El *Christus regnat* resonaba cada vez más alto y más sonoro, y de abajo arriba de las gradas muchos se preguntaban:

¿Qué significa esto? ¿Quién es ese Cristo que reina en labios de los condenados?

Mas de pronto se abrió otra reja, y saltaron á la arena bandadas de perros hambrientos y feroces: gigantescos molosos del Peloponeso, mastines cebrados de los Pirineos, dogos de Hibernia, todos con las ijadas hundidas y los ojos relucientes. Sus ladridos y aullidos llenaron el anfiteatro.

Los cristianos, terminada la plegaria, continuaron arrodillados, inmóviles, como petrificados, gimiendo á coro: «¡Por Cristo! ¡Por Cristo!»

Los canes se acercaron al grupo olfateando; pero al percibir debajo de las pieles á los hombres, y, sin duda asombrados de su inmovilidad, no se atrevieron á embestirles. Algunos, enderezando el cuerpo, apoyaban las patas delanteras en el muro cual si quisieran subir á la gradería; otros corrían por la arena, ladrando desaforadamente, como persiguiendo invisibles piezas de caza. Impaciente el público, empezó á dar gritos salvajes, imitando unos el rugido de las fieras, otros el ladrido

de los perros, los más azuzando á éstos en todos los idiomas de la tierra para que se arrojaran sobre los cristianos. Parecía que el anfiteatro iba á desmoronarse, por efecto del estruendo. Los perros ora se acercaban á las víctimas, ora retrocedían rechinando los dientes. Al fin, uno de los mastines hizo presa en la nuca de una mujer que estaba arrodillada en la primera fila del grupo, y en el acto otros canes se arrojaron en medio de los cristianos como saltando una brecha. Cesó entonces todo rumor en las gradas; la atención del público se hizo más intensa. Entre los ladridos y los aullidos oíanse solamente voces doloridas que gritaban: «¡Por Cristo! ¡Por Cristo!» y rodaban ya por la arena, confundidos, seres humanos y perros, formando como una sola masa. Los dogos y mastines arrebatábanse unos á otros las sangrientas entrañas, los destrozados miembros humanos. El olor de la sangre y de las vísceras, más intenso que el de los perfumes árabes que ardían en los pebeteros, impregnó todo el ambiente. Quedaban todavía algunas víctimas aisladas acá y allá; pero muy pronto desaparecieron también entre la masa confusa y aullante.

Cuando aparecieron los cristianos, Vinicio, en cumplimiento de la promesa hecha al cantero, se puso de pie y dirigió la vista hacia el punto donde se hallaba el Apóstol. Pero volvió á sentarse en seguida, pálido cual cadáver, y fijó los ojos en el horrendo espectáculo. Al principio le hizo estremecer la sospecha de que el cantero pudiera haberse equivocado, de que Ligia se hallara en el anfiteatro; pero cuando oyó que los cristianos exclamaban con efusión: «¡Por Cristo! ¡Por Cristo!»; cuando contempló los sufrimientos de tantas víctimas que con su muerte serena atestiguaban la verdad de su doctrina y el amor á Dios, invadióle el alma otro sentimiento que le torturaba como el dolor más acerbo y no podía en modo alguno dominar: si el mismo Hijo de Dios había sufrido pasión y muerte, si por él morían millares de hombres, derramando torrentes de sangre, el que se derramara una gota más poco importaba, y era pecado implorar misericordia... Este pensamiento se enseñoreaba de su alma, confundido con los gemidos de los moribundos y con el olor de la sangre. Y, sin embargo, continuaba rezando y repetían sus calenturientos labios: «¡Jesucristo, Dios y Señor mío!... ¡También el Apóstol ruega por ella!»

Pero luego perdió el sentido de la realidad; acabó por no

saber donde se encontraba, y con los ojos de la imaginación vió solamente un lago de sangre que iba subiendo... subiendo como la marea, hasta llenar todo el circo y desbordarse por la Ciudad. No oía absolutamente nada: ni los ladridos de los perros, ni las voces de los augustales, que repetían:

— ¡Quilón se ha desmayado!

— ¡Quilón se ha desmayado! — exclamó también Petronio, volviéndose hacia el griego. El cual, con la cabeza caída sobre el hombro, desencajado, blanco como el mármol, contraída la boca, más bien parecía muerto que vivo.

En aquel momento salían á la arena, envueltas también en pieles de animales, nuevas víctimas que, como las anteriores, corrieron presurosas á colocarse agrupadas y de hinojos en el centro, cantando el « ¡*Christus regnat!*... » pero los perros, saciados ya, se negaron á destrozarlas; solamente algunos embistieron á las más cercanas; la mayor parte echaronse al suelo, y, jadeando, empezaron á bostezar, á estirarse ó á lamerse el hocico que chorreaba sangre.

Pero el pueblo no estaba satisfecho todavía. Inquietos é impacientes, ébrios de sangre, ávidos de presenciar una nueva carnicería, millares de espectadores gritaron:

— ¡Los leones!, ¡Los leones! ¡Que les echen los leones!

En el Circo el pueblo era soberano absoluto é imponía su voluntad al mismo César. Únicamente Caligula, tan osado como veleidoso en sus caprichos, se había atrevido alguna que otra vez á contrariarle, ordenando que se apaleara á los exigentes y revoltosos; y con todo, en más de una ocasión se había visto obligado á ceder. Pero *Barbarroja*, que estimaba sobre todas las cosas el aplauso de la multitud, jamás se negaba á satisfacer sus deseos; y como, además, á la sazón tenía vivo interés en estimular y en satisfacer al mismo tiempo el odio que había él mismo despertado contra los supuestos incendiarios, apresuróse á ordenar, con un ademán, que se diera suelta á los leones, á pesar de que estaban reservados para los juegos del día siguiente. Giraron las pesadas puertas sobre sus rechinas goznes y apareció abierta la cavidad donde se hallaban las jaulas de los leones.

Á la vista de éstos los perros retrocedieron espantados, con sordo aullido, yendo á agruparse todos á un lado de la arena. Los leones fueron saliendo uno tras otro, lentamente, erguida la enorme y velluda cabeza. El mismo César volvió hacia ellos el

rostro, en el que se dibujaba el fastidio, y se puso á mirarlos atentamente á través de la esmeralda. Los augustales aplaudieron al verles salir; la plebe los contaba con los dedos, observando llena de curiosidad que impresión producía á los cristianos su presencia. Pero éstos no hacían sino repetir las palabras, para muchos incomprensibles, pero que á todos irritaban:

— ¡Por Cristo! ¡Por Cristo!

Las fieras, aunque hambrientas por haber estado, como los perros, tres días sin comer, no se daban prisa en comenzar el horrendo festín. Deslumbrábase la difusa luz roja, obligándoles á entornar los ojos. Algunos estiraban perezosamente el cuerpo; otros abrían la boca descomunal, bostezando, como para mostrar á los espectadores los afilados colmillos. Pero en breve el olor de la sangre y la vista de los cadáveres destrozados produjeron el natural efecto. Pusiéronse inquietos, agitaron las melenas, y, lanzando sordos rugidos, aspiraron con fuerza el aire. De pronto uno de ellos saltó sobre el cadáver de una mujer con el rostro destrozado por los perros, y poniéndole encima las patas delanteras empezó á lamerle los cuajarones de sangre, mientras otro se acercaba á un hombre que tenía en brazos á su pequeñuelo, envuelto en una piel de gamo. La tierna criatura al ver tan cerca al león, sollozando y prorrumpiendo en estridentes gritos, se abrazaba convulsivamente al cuello de su padre, quien, con el deseo de conservar algunos minutos más la vida de su hijito, se esforzaba en desahorsarlo del cuello para entregarlo á un compañero que estaba más adentro del grupo. Pero los chillidos del niño y los movimientos del padre irritaron á la fiera, la cual, después de dar un breve y ronco rugido, aplastó de un zarpazo al niño y trituró entre sus mandíbulas la cabeza del padre. Como si esto hubiera sido una señal, todos los demás leones se arrojaron sobre los cristianos. Algunas mujeres dieron gritos de espanto; pero enseguida fueron ahogados por los estruendosos aplausos de los demás espectadores. Sin embargo, muy pronto restableció el silencio el ansia de ver. Y, en verdad, pudieron los ojos hartarse de horrores. Las cabezas de las víctimas desaparecían por entero en las enormes bocas de los leones. De un sólo zarpazo eran desgarrados pechos y vientres, y de ellos salían las vísceras, desparramándose por la arena. Los huesos crujían al ser quebrantados por las poderosas mandíbulas. Algunos leones, cogiendo á las víctimas por los costados ó por la espalda, co-

rrían por la arena dando grandes saltos, como si buscaran un rincón obscuro y apartado para devorarlas tranquilamente; otros se disputaban la presa, y, levantándose sobre las patas traseras, reñían como atletas, llenando el Circo con sus espantosos rugidos. Los espectadores, dominados por la curiosidad, se ponían de pie, abandonaban sus asientos, bajaban á las gradas inferiores para ver mejor, se estrujaban sin piedad. No parecía sino que, embriagados por la sangre, estaban dispuestos á arrojarse á la liza para ayudar á los leones á despedazar á los cristianos. Abajo, en la arena, oíanse, de cuando en cuando, ya gritos desesperados que parecían sobrehumanos, ya rugidos, ora crujir de huesos que se rompían, ora aullidos de perro, ora algún gemido...

El César, con la esmeralda al ojo, contemplaba atentamente el espectáculo. El semblante de Petronio expresaba el asco y el desprecio. A Quilón lo habían sacado ya del Circo...

Y del subterráneo continuaban subiendo á la arena nuevas víctimas...

Desde la última fila, de pie, las contemplaba el Apóstol Pedro. Nadie se fijaba en él porque todas las miradas se dirigían á la liza fatal. De la misma suerte que en la viña de Cornelio, algunos días antes, había bendecido á aquellos que se disponían á dejarse encarcelar para arrostrar el martirio, también bendecía ahora, haciendo la señal de la cruz, á los mártires, su bendita sangre, sus tormentos y sus cadáveres, que formaban montones informes de entrañas humeantes, y á sus almas que, volando y acompañadas de legiones de ángeles, se alejaban de la ensangrentada arena. Muchos, antes de morir, levantaron hacia él los ojos, y sus semblantes se animaron, resplandeciendo como si una luz celeste irradiara de ellos, y sonrieron al ver el signo de la cruz en lo más alto del anfiteatro. No obstante, al Apóstol la vista de los tormentos le desgarraba el corazón, y decía:

— ¡Señor, hágase tu santa voluntad! Por tu gloria, para dar testimonio de la verdad de la doctrina que profesan, han sufrido el martirio esas ovejas escogidas de tu rebaño. Me ordenaste que las apacentara, y ahora te las devuelvo, Señor... ¡Cuéntalas tú, Dios mío, acógelas en el Paraíso, cura sus heridas, calma sus penas y concédeles la eterna bienaventuranza para resarcirles con creces de los dolores del martirio!

El César, en tanto, fuese por ferocidad, fuese porque quisiera

que el espectáculo de aquel día sobrepujara á cuanto pudieran apetecer los más exigentes, dió en voz baja una orden al Prefecto. Descendió éste de la tribuna imperial y se dirigió hacia el subterráneo. La misma muchedumbre quedó asombrada al oír rechinar de nuevo los cerrojos y al ver que salían de sus jaulas toda suerte de fieras: tigres del Eufrates, panteras de Numidia, osos, lobos, hienas, chacales... Cubrióse de animales feroces la arena, que tomó el aspecto de un lago ondulante de pieles cebradas, leonadas, amarillentas, oscuras, manchadas, bronceadas. En aquel caos horrendo los ojos no podían distinguir nada concreto; sólo percibían una masa que serpenteaba y se ensortijaba, manchándose cada vez más de sangre. El espectáculo perdía toda apariencia de realidad, para convertirse en una orgia cruenta, en pesadilla espantable, en monstruoso delirio de loco. Había sido colmada la medida, aquello era ya demasiado; y entre los rugidos, y el ladrar, y el aullar de los animales, oíanse en las filas de los espectadores agudos gritos y risas convulsivas de mujeres cuya resistencia moral se había agotado. En todos los semblantes se pintaba la sensación del cansancio y del horror. Muchos pusieron á gritar:

— ¡Basta, basta!

Pero era más fácil dar suelta á las fieras que hacerlas entrar de nuevo en los *cuniculos*. No obstante, el César había previsto esta dificultad y subvenido á ella inventando un nuevo medio de desembarazar la arena, que al mismo tiempo había de constituir nueva diversión para el pueblo. Pelotones de soldados nómadas, de un negro morado muy hermoso, adornada la cabeza con plumas y las orejas con grandes aretes de oro, armados de arcos y flechas, aparecieron de pronto sobre el parapeto de la liza, en los extremos de los pasillos que cortaban de trecho en trecho perpendicularmente las gradas del anfiteatro. Adivinando el pueblo que objeto llevaban, les saludó con atronadores aplausos y gritos de júbilo. Los nómadas empezaron á arrojar flechas sobre las fieras. Fuertes y ágiles, semejantes á estatuas de mármol negro, inclinaban el cuerpo hacia atrás, tendían el flexible y poderoso arco, disparaban calmamente. El crujir de las cuerdas y los silbidos de los dardos emplumados mezclábanse al aullar de las fieras y á las entusiastas aclamaciones de los espectadores. Leones, perros, lobos, osos y panteras, con los pocos cristianos vivos que restaban, caían unos al lado de los otros. A veces, algún león, al sentir en su costado la pun-

